

Fernando Vela

## Notas al viaje de Ortega y Gasset

*Madrid, Agosto de 1928.*

**E**N 1916 estuvo José Ortega y Gasset en la Argentina. Vuelve después de doce años. Entonces decía: «Desde hace tiempo sentía latir dentro de mí un afán hacia América, una como inquietud orientada de índole pareja al «nisus» migratorio que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur». Desde entonces los que vivimos a su lado hemos visto todos los equinoccios como palpitar sus alas con un vago deseo que fuera a la vez una nostalgia, orientado siempre, hecho brújula de pronto, hacia América. Cuando este año le creíamos comprometido a un viaje de conferencias por Alemania (universidades de Heidelberg, Francfort, Munich), de pronto el viento gira y se detiene en su cuadrante preferido para empujarle nuevamente a la Argentina. Dias atrás me encontré casualmente frente a su casa; la ventana de su estudio se cierra con un blanco lienzo que alguien cuida de empapar de agua. La lona palpitante y húmeda tenía algo marino; el viento, como un chiquillo, se escondía en ella. La travesía de Ortega había empezado.

Antes de aquel viaje el pensamiento de Ortega había sufrido ya su primera radical transformación. Según su propia frase, se había evadido, salido de Kant, dirigiendo su prisión. Sin embargo, la nueva idea no fué expresada claramente hasta su vuelta de la Argentina. Tal vez este último año señale otra oscura

y subterránea transformación, y tal vez sea en la Argentina donde emerja en palabras. Ha poco me decía Ortega: «La fenomenología no es constructiva; yo quisiera dar a la dispersión intuitiva de la fenomenología la conexión de un sistema». Me parece ya ver la nueva filosofía: las maravillosas descripciones en cristal de la fenomenología unidas, ordenadas, centralizadas; una ciencia de transparencias, un sistema de visiones, juna arquitectura diamantina! Las ideas tienen su evolución independiente, autónoma, pero esta evolución no se desarrolla más que en las mentes filosóficas. De cuando en cuando el filósofo se detiene, se escucha, se mira el alma con esa actitud de torsión sobre sí mismo que es una contrahechura genial, y advierte que las ideas le han crecido dentro, se le han ido cambiando; descubre otro paisaje para él mismo ignorado. Entonces atiende, mira y describe lo que ve. Me parece que en sus últimas meditaciones, Ortega está haciendo una excursión por su alma y encontrándose una flora insólita, una geología revolucionada. Tal vez, digo, sean para los argentinos las primicias de la visión.

Entretanto, se ha realizado también un cambio exterior. Ortega, dispuesto a cortar la relación inmediata con el público, se ha encontrado convertido de pronto en un hecho cosmopolita. Sus libros son puestos en distintas lenguas; los traductores se lanzan, como sobre un banquete, sobre sus más pequeños artículos de periódico. Alguna vez le he visto azorado, indignado también, ante esta avidez que llega al saqueo, usando del telégrafo para dar contraórdenes como un banquero mundial. Toda su producción es lanzada en seguida a los grandes mercados intelectuales, y él preferiría pausa, decantación. No querría ser nunca valor de especulación popular. El resonar de la fama le impediría oírse el rezumar interior de la mente.

El invierno pasado un estudiante español, recién vuelto de Alemania, nos relataba su asistencia a la primera cátedra mundial de psicología, la cátedra del gran Koehler, en la Universidad de Berlín. El estudiante, encogido en su banco del aula, temblaba como hoja en el árbol al ir a entrar en contacto con

la gran cultura alemana, hecha de nombres magníficos y extraños. Esperaba algo misterioso como una sombra enorme que rozaría su alma, dejándola anonadada. Koehler se sentó y abrió un volumen: «Hoy vamos a leer y comentar el capítulo de un libro genial, *El tema de nuestro tiempo*, de José Ortega y Gasset». Nuestro estudiante sintió, sin duda, una emoción vedada desde hacía mucho tiempo a los españoles.

Este libro, traducido al alemán por una dama, la esposa del físico y matemático Weyl—la figura pareja de Einstein—, ha merecido también del filólogo y helenista Howald estas palabras: «Quien tenga oídos para oír reconocerá la inaudita exactitud del pensamiento de Ortega y estará dispuesto conmigo a dar, a cambio de este capítulo, casi toda la literatura filosófica impresa desde Nietzsche». No es, pues, extraña la influencia ejercida por esta obra sobre la juventud intelectual alemana. En estos últimos cursos, varias tesis de doctorado, en universidades germanas, han versado sobre el «perspectivismo», la teoría del «punto de vista». El libro, ya famoso, de Pinder *Das Probleme der Generation* es, simplemente, una aplicación a la historia del arte de la idea de las generaciones expuesta al principio de *El tema de nuestro tiempo*. En torno al nombre de Ortega se han formado, diseminados por Europa, varios de esos círculos o capillas que son la manera como ahora, en tiempo de masas, el intelecto y el arte se difunden, a la par que se recogen y defienden del contacto y aplastamiento por el vulgo. Son los reducidos dominios de los «pares» modernos, y Ortega—dice Ernest Robert Curtius—es «uno de los doce pares del intelecto europeo, cuyo gremio se forma por tácito acuerdo entre los selectos de nuestro continente». El propio Ortega en su ensayo *Parerga* (*Revista de Occidente*, diciembre 1924) ha descrito la génesis sociológica de este cosmopolitismo intelectual. Desvirtuadas todas las normas y disciplinas, lanzadas sin freno las masas al frenesí, los intelectos creadores de todo el mundo se recatan para trabajar en la difícil invención de los nuevos principios y conviven sólo entre sí más unidos entre sí que con las masas de sus países.

Pero en el caso de Ortega este cosmopolitismo en que se ha encontrado sumergido tiene causas propias. El citado Curtius, el crítico alemán de más crédito, en quien confluyen una gran cultura filosófica y una gran cultura literaria, ha dicho que tal vez sea Ortega «el único hombre que puede hablar hoy en Europa con igual interés, con igual seguridad de juicio, con la misma brillantez en la expresión, de Kant y de Proust, de Debussy y Scheler; desde la cultura prehistórica hasta la pintura cubista nada hay que no le interese apasionadamente». La posición del pensador español, su perspectivismo es, según Curtius, la mejor manera de abarcar la infinita variedad de ideas y productos que la cultura ha ido reuniendo al cabo de los siglos. «Este perspectivismo es, en realidad, la expresión más adecuada y convincente de la nueva actitud espiritual de nuestro época».

El mismo crítico llama a *El tema de nuestro tiempo* el sistema de coordenadas espirituales de la época. Tengo entendido que una serie de conferencias en la Argentina se titulará *Introducción al presente*, uno de esos títulos que ama Ortega, como *Estudios sobre el amor*, con su primera palabra profesoral, científica, y la segunda abismática, infinita, indefinible. Con ello revela Ortega su perpetuo y urgente afán: poner claridad en lo irracional, contemplar, teorizar la vida, apoderarse en el turbión de intuiciones frescas y hacerlas transparentes. Otro libro tiene anunciado: *Dinámica del tiempo*, en parte ya impreso, y la conocida editorial de Nueva York, Harper & Brothers le tiene encargado un libro que sea también una definición de la época. A Ortega pudiera llamársele, pues, «un especialista en nuestro tiempo». Hay en su manera de lanzarse al objeto un impetu frenético que se pudiera calificar de pasión. Su afán de conocer va precedido de un acto de amor. De aquí que, luego de poseído el objeto, la idea extraída todavía embriague, todavía conserve algo de espasmo, tenga, vida, mirada, gesto, calor y sea, a su vez, fecunda. Son las suyas ideas pasadas por el corazón. Pero una de las cosas que Ortega ama exabundantemente es nuestra época. Ella es su espectáculo, su circo. «Su relación con nuestro tiempo—dice el citado Curtius—es eróti-

ca... La mirada zahorí, descubridora del amor, le permite ver en nuestro tiempo la imagen ideal del mundo».

El caso de Ortega debe ser aleccionador para los intelectuales españoles e hispano-americanos. La cultura alemana se encuentra en un momento de cansancio, se ha quedado miope. Se mira a sí misma desde demasiado cerca, desde demasiado dentro. Es incapaz de salir del campo de su lente para trazar esa gran mirada curva de las síntesis que reúne inesperadamente los términos más lejanos. Tiene que buscar retinas frescas que miren desde algo más lejos, desde algo más afuera. Sólo en esta perspectiva se alcanzan visiones de conjunto. «España es una tierra excéntrica, geográfica y espiritualmente. Es el mejor puesto para un observador de Europa. Sin que la perturbe la rivalidad, el odio o el egocentrismo puede explicar el movimiento espiritual de los distintos pueblos mejor que ellos mismos». *El tema de nuestro tiempo* debe seguramente su resonancia a que es una crítica de la cultura, a la par que el anuncio de su transformación; ni una ni otra cosa podría hacerse más que por quien tiene ojos nuevos y alerta y está en ese puesto de vigía. La cultura está más necesitada que nunca de visiones certeras y rígidas, de una elasticidad mental no relajada por anteriores excesos musculares. Es lo que mueve a los pensadores alemanes a interrogar y escuchar las voces distantes. Ortega ha dado la primera respuesta y llamado la atención sobre este punto del horizonte. Un anhelo de frescor atrae hacia aquí las almas mejores de la cultura central europea, hasta ahora cerrada en sí misma y ahora sedienta de crítica y objeciones fundamentales, de intuiciones del porvenir, de claras síntesis, impetus jóvenes y complementaciones originales.